

PRIMERA PARTE

FRANCO, LA DEMOCRACIA Y LA REPÚBLICA



## 1. ¿CONSPIRÓ FRANCO CONTRA LA II REPÚBLICA?

Según una versión sostenida por Paul Preston y muchos otros historiadores, Franco detestó siempre la República y la democracia, esperando la ocasión para echarlas abajo; pero no se apoyan en documentos ni testimonios fidedignos, sino en especulaciones, a menudo muy rebuscadas. Franco, católico y de tendencia monárquica, desconfiaba de la República, como ocurría con numerosos derechistas, debido al carácter extremista y *comecuras* de muchos republicanos, cuyo sector más activo había estado próximo al anarquismo y complicado en atentados terroristas como los cometidos por Francisco Ferrer Guardia y Mateo Morral, y en pronunciamientos militares. Pero desconfianza no implica oposición.

Para entender la postura de Franco debe tenerse en cuenta la situación cuando el dictador Miguel Primo de Rivera dejó el poder, a principios de 1930. Se planteó entonces la transición para volver a un sistema constitucional. El rey Alfonso XIII, sin embargo, encontró poca ayuda en el círculo de los monárquicos cortesanos, y hubo de recurrir al general Dámaso Berenguer y luego al almirante Juan Bautista Aznar, ambos notables por su ineptitud política. Al segundo le orientó Romanones, *viejo zorro* de la Restauración, típico cacique o *politicastro*, hombre débil, sin verdaderas convicciones más allá de su afán por el poder, de un maquiavelismo de andar por casa, pero

peligroso (había estado a punto de meter a España en la I Guerra Mundial, aprovechando unas vacaciones estivales de las Cortes), afanoso de pasar por progresista y temeroso de ser tildado de *reaccionario*, provocando en las izquierdas una irrisión bien visible en los diarios de Manuel Azaña.

Los republicanos, a su turno, unieron fuerzas en agosto de 1930 mediante el Pacto de San Sebastián, por la iniciativa de Niceto Alcalá-Zamora y de Miguel Maura. Los dos, monárquicos hasta muy poco antes, creían destinado al fracaso el intento de restablecer la monarquía constitucional y decidieron encabezar a los republicanos para orientarlos y frenar su demagogia. Al Pacto de San Sebastián, organizado por ellos, acudieron Azaña y otros prohombres sin fuerza política a la sazón, algunos políticos nacionalistas o separatistas catalanes, y Alejandro Lerroux, único republicano *de siempre* y con arrastre de masas. También asistió el jefe socialista Indalecio Prieto, pero por su cuenta, sin representación del PSOE. El papel de los socialistas sería crucial, porque, gracias a haber colaborado con la dictadura de Primo de Rivera, constituían el partido más poderoso de entonces: sin él, las posibilidades republicanas serían nulas. Prieto quería colaborar con los republicanos, pero no así los otros dos líderes principales, Julián Besteiro y Francisco Largo Caballero; sin embargo Prieto maniobró hábilmente para empujar al partido a aceptar el plan salido del Pacto de San Sebastián.

El plan consistía en un golpe militar, pues había bastantes militares pro republicanos, entre quienes destacaban Gonzalo Queipo de Llano y Ramón Franco, hermano del futuro Caudillo. Ramón se había hecho famoso por el vuelo del *Plus Ultra* desde España a Argentina, hazaña que causó sensación mundial en su época. Era masón y de ideas izquierdistas, próximas al anarquismo.

Los republicanos intentaron el golpe en diciembre de ese mismo año, 1930, y fracasaron. De resultas, varios conjurados huyeron al extranjero, entre ellos Ramón Franco que, viéndose en apuros económicos, escribió a su hermano Francisco pidiéndole dinero. Y este

le ayudó, pese a su divergencia de ideas, pero al mismo tiempo le criticó severamente. Se conserva su carta de respuesta, descubierta por Ricardo de la Cierva (reproducida en el anexo), carta capital porque en ella expresa Francisco su actitud política:

Lo que podía encajar en el cuadro de mediados del pasado siglo es imposible hoy, en que la evolución razonada de las ideas y los pueblos, democratizándose dentro de la ley, constituye el verdadero progreso de la patria, y toda revolución extremista y violenta la arrastrará a la más odiosa de las tiranías.

Al no tratarse de un documento destinado a publicidad, podemos colegir que Francisco expresaba su pensamiento sin presiones ni disimulos. Él deseaba que la transición emprendida por el Rey terminase en una democratización del país, sin golpes ni convulsiones. Y sus actos respondieron a sus palabras.

Cuando, cuatro meses después, tras los comicios municipales de abril de 1931, Romanones, Aznar, José Sanjurjo y el propio Rey dieron a su vez el golpe de Estado contra la monarquía, entregando sin resistencia el poder a los republicanos, los cuales habían perdido las elecciones, la República llegó de forma pacífica. Franco dirigía la Academia Militar de Zaragoza y, obviamente, debió de sentir inquietud y malestar, pero aceptó el cambio. Como explicaría más tarde, si el Rey mismo se había plegado a la República, él no podía hacer otra cosa.

Además, había elementos tranquilizadores en la nueva situación: llegaba como democracia normal, auspiciada por los en principio liberales *Don Niceto* (Alcalá-Zamora) y Miguel Maura, que además tenían los puestos clave: la Presidencia del Gobierno Provisional, llamado también Revolucionario, y el Ministerio de Gobernación, respectivamente. Mucha gente, de derechas y no sólo de derechas, veía en ellos la garantía de una República tranquila y una democracia ordenada, según había escrito el futuro Caudillo. No menos sensación de seguridad ofrecía el principal partido republicano, el Radical

de Alejandro Lerroux, que se había moderado desde sus comienzos semianarquistas de principios de siglo, cuando el propio Lerroux llamaba a quemar las iglesias y violar a las novicias. Otra razón para confiar la ofrecía el Partido Socialista, pues, ¿acaso no había mostrado una actitud moderada y colaboradora bajo la dictadura de Primo? Con tales perspectivas, tras la marcha del Rey casi todo el mundo acató el cambio, unos con entusiasmo, otros inquietos, pero con esperanza; y la República se instaló sin la menor oposición. Ninguna fuerza, ni militar ni política de derechas, ni la propia guardia real en Palacio, hizo señal de resistencia. Franco, desde luego, tampoco. Según sus palabras posteriores: «No quiere decir que yo fuese republicano, pero acataba los hechos consumados aunque no me gustasen».<sup>3</sup> No hay documento ni razón alguna para dudar de sus palabras, como veremos más ampliamente.

---

3. F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones con Franco*, Barcelona, 1976, p. 499.

## 2. ¿QUÉ ACTITUD TOMÓ FRANCO ANTE LA REFORMA MILITAR DE AZAÑA?

Ya antes de las primeras elecciones republicanas, Azaña, ministro de la Guerra en el Gobierno Provisional hubo de afrontar un doble problema: un Ejército con exceso de mandos, y la tendencia monárquica de la mayoría de los jefes y oficiales. Para resolverlos procedió con rapidez, y el 22 de abril, apenas una semana después de caída la monarquía, requirió por decreto a los mandos militares para jurar lealtad a la República o abandonar el servicio activo, conservando el sueldo. Dada la autodestrucción o autogolpe de la corona, la mayoría juró o prometió defender al nuevo régimen. La reforma de Azaña era moderada, y Franco la consideraría posteriormente razonable.<sup>4</sup> Ello no disipaba la inquietud, pues los republicanos habían intentado sólo cuatro meses antes un golpe militar, y muchos de sus líderes y prensa hablaban con radicalismo creciente. Si bien cabría esperar que no pasaran de las palabras.

Franco percibió la intención de Azaña de otorgar los puestos de mando a personas afectas a la izquierda, pertenecientes con frecuencia a la masonería, a cuyo fin el ministro estaba creando un círculo de asesores que sería conocido como *el gabinete negro*. Este gabinete decidía los ascensos, las promociones y los cambios de destino pasando

---

4. Ibid, p. 397.

por encima de las ordenanzas y guiándose por afinidades ideológicas o personales. Muchos militares monárquicos rehusaron jurar lealtad a la República, pero Franco aceptó hacerlo, por las razones señaladas. Al general Reguera, que prefirió retirarse a jurar, le replicó:

Es una pena que usted y otros como usted dejen el servicio activo cuando más necesarios pueden ser a España y dejen el camino libre a unos cuantos que todos conocemos y que están dispuestos a lo que sea [...]. Los que nos quedamos lo vamos a pasar mal pero creo que quedándonos podemos hacer mucho más para evitar lo que ni usted ni yo queremos que pase, que si nos hubiésemos ido a casa.

Es decir, la República podía asentarse con orden o no; y juzgaba que un soldado servía a España, no a un régimen particular, y debía tratar de evitar que el nuevo régimen marchase por caminos de desorden y radicalismo.<sup>5</sup>

Había otra razón para el descontento de Franco y no solo de él: el clima social agresivo y hostil al Ejército creado por las izquierdas. El propio Azaña, que no reparaba en actitudes despectivas hacia los militares, llegaría a mirar con fastidio aquella demagogia: «Todos estos señoritos no habrían servido para bajarle los humos a un sargento, y ahora que tienen al Ejército desarmado políticamente e impotente para revolverse contra la República, aunque lo intentasen, se afilan los colmillos con él, a mansalva». En otro momento reconoce los favoritismos: «Cada día recibo noticias confirmando que algunos del Gabinete militar, a quienes yo di toda mi confianza, han hecho mal uso de ella, en la cuestión de destinos. Y esto es lo que más duele a la gente, de todo cuanto se ha hecho. Difícil remedio».<sup>6</sup>

---

5. P. Preston, *Franco, Caudillo de España*, Barcelona, 1998.

6. M. Azaña, *Memorias políticas*, Barcelona 1978, p. 106; *ibid*, p. 100.

Franco aceptó, pues, la reforma de Azaña, que técnicamente no le pareció mal. Pero, como muchos otros, sentía disgusto por la promoción de militares izquierdistas o que habían participado en el golpe de diciembre del año anterior; y por sus sospechas sobre la infiltración de masones, a quienes detestaba. Pero Azaña, que entraría más tarde en la *orden* masónica, parecía por el momento reacio a admitir demasiada injerencia de esa organización, como indica el hecho de que mantuviese en Marruecos a un alto comisario, Luciano López Ferrer, antimasón convencido. No obstante el número de masones en altos cargos militares aumentó por esas fechas.<sup>7</sup>

---

7. L. Lavour, *Masonería y Ejército en la II República*, Madrid 1997, p. 39.